

Arthur Conan Doyle

El regreso de Sherlock Holmes



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Return of Sherlock Holmes*
Traductor: Juan Manuel Ibeas Delgado

Primera edición: 2005
Segunda edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Juan Manuel Ibeas Delgado, cedida por Grupo Anaya, S. A.
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-795-7
Depósito legal: M. 12.634-2017
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 La aventura de la casa vacía
- 41 La aventura del constructor de Norwood
- 76 La aventura de los monigotes
- 113 La aventura de la ciclista solitaria
- 142 La aventura del colegio Priory
- 188 La aventura de Peter «el Negro»
- 219 La aventura de Charles Augustus Milverton
- 245 La aventura de los seis Napoleones
- 276 La aventura de los tres estudiantes
- 302 La aventura de las gafas de oro
- 336 La aventura del delantero desaparecido
- 368 La aventura de Abbey Grange
- 403 La aventura de la segunda mancha

La aventura de la casa vacía

En la primavera de 1894, el asesinato del honorable Ronald Adair, ocurrido en las más extrañas e inexplicables circunstancias, tenía interesado a todo Londres y conternado al mundo elegante. El público estaba ya informado de los detalles del crimen que habían salido a la luz durante la investigación policial; pero en aquel entonces se había suprimido mucha información, ya que el ministerio fiscal disponía de pruebas tan abrumadoras que no se consideró necesario dar a conocer todos los hechos. Hasta ahora, después de transcurridos casi diez años, no se me ha permitido aportar los eslabones perdidos que faltaban para completar aquella notable cadena. El crimen tenía interés por sí mismo, pero para mí aquel interés se quedó en nada, comparado con una derivación inimaginable, que me ocasionó el sobresalto y la sorpresa mayores de toda mi vida aventurera. Aun ahora, después de tanto tiempo, me estremezco al pensar en ello y

siento de nuevo aquel repentino torrente de alegría, asombro e incredulidad que inundó por completo mi mente. Aquí debo pedir disculpas a ese público que ha mostrado cierto interés por las ocasionales y fugaces visiones que yo le ofrecía de los pensamientos y actos de un hombre excepcional, por no haber compartido con él mis conocimientos. Me habría considerado en el deber de hacerlo de no habérmelo impedido una prohibición terminante, impuesta por su propia boca, que no se levantó hasta el día 3 del mes pasado.

Como podrán imaginarse, mi estrecha relación con Sherlock Holmes había despertado en mí un profundo interés por el delito y, aun después de su desaparición, nunca dejé de leer con atención los diversos misterios que salían a la luz pública e, incluso, intenté más de una vez, por pura satisfacción personal, aplicar sus métodos para tratar de solucionarlos, aunque sin resultados dignos de mención. Sin embargo, ningún suceso me llamó tanto la atención como esta tragedia de Ronald Adair. Cuando leí los resultados de las pesquisas, que condujeron a un veredicto de homicidio intencionado, cometido por persona o personas desconocidas, comprendí con más claridad que nunca la pérdida que había sufrido la sociedad con la muerte de Sherlock Holmes. Aquel extraño caso presentaba detalles que yo estaba seguro de que le habrían atraído muchísimo, y el trabajo de la policía se habría visto reforzado o, más probablemente, superado por las dotes de observación y la agilidad mental del primer detective de Europa. Durante todo el día, mientras hacía mis visitas médicas, no paré de darle vueltas al caso, sin llegar a encontrar una explicación que me

pareciera satisfactoria. Aun a riesgo de repetir lo que todos saben, volveré a exponer los hechos que se dieron a conocer al público al concluir la investigación.

El honorable Ronald Adair era el segundo hijo del conde de Maynooth, por aquel entonces gobernador de una de las colonias australianas. La madre de Adair había regresado de Australia para operarse de cataratas, y vivía con su hijo Adair y su hija Hilda en el 427 de Park Lane. El joven se movía en los mejores círculos sociales, no se le conocían enemigos y no parecía tener vicios de importancia. Había estado comprometido con la señorita Edith Woodley, de Carstairs, pero el compromiso se había roto por acuerdo mutuo unos meses antes, sin que se advirtieran señales de que la ruptura hubiera provocado resentimientos. Por lo demás, su vida discurría por cauces estrechos y convencionales, ya que era hombre de costumbres tranquilas y carácter desapasionado. Y sin embargo, este joven e indolente aristócrata halló la muerte de la forma más extraña e inesperada.

A Ronald Adair le gustaba jugar a las cartas y jugaba constantemente, aunque nunca hacía apuestas que pudieran ponerle en apuros. Era miembro de los clubes de jugadores Baldwin, Cavendish y Bagatelle. Quedó demostrado que la noche de su muerte, después de cenar, había jugado unas manos de *whist* en el último de los clubes citados. También había estado jugando allí por la tarde. Las declaraciones de sus compañeros de partida —el señor Murray, sir John Hardy y el coronel Moran— confirmaron que se jugó al *whist* y que la suerte estuvo bastante igualada. Puede que Adair perdiera unas cinco libras, pero no más. Puesto que poseía una fortuna con-

siderable, una pérdida así no podía afectarle lo más mínimo. Casi todos los días jugaba en un club o en otro, pero era un jugador prudente y por lo general ganaba. Por estas declaraciones se supo que, unas semanas antes, jugando con el coronel Moran de compañero, les había ganado 420 libras en una sola partida a Godfrey Milner y lord Balmoral. Y esto era todo lo que la investigación reveló sobre su historia reciente.

La noche del crimen, Adair regresó del club a las diez en punto. Su madre y su hermana estaban fuera, pasando la velada en casa de un pariente. La doncella declaró que le oyó entrar en la habitación delantera del segundo piso, que solía utilizar como cuarto de estar. Dicha doncella había encendido la chimenea de esta habitación y, como sabía mucho humo, había abierto la ventana. No oyó ningún sonido procedente de la habitación hasta las once y veinte, hora en que regresaron a casa lady Maynooth y su hija. La madre había querido entrar en la habitación de su hijo para darle las buenas noches, pero la puerta estaba cerrada por dentro y nadie respondió a sus gritos y llamadas. Se buscó ayuda y se forzó la puerta. Encontraron al desdichado joven tendido junto a la mesa, con la cabeza horriblemente destrozada por una bala explosiva de revólver, pero no se encontró en la habitación ningún tipo de arma. Sobre la mesa había dos billetes de 10 libras, y además 17 libras y 10 chelines en monedas de oro y plata, colocadas en montoncitos que sumaban distintas cantidades. Se encontró también una hoja de papel con una serie de cifras, seguidas por los nombres de algunos compañeros de club, de lo que se dedujo que antes de morir había estado calculando sus pérdidas o ganancias en el juego.

Un minucioso estudio de las circunstancias no sirvió más que para complicar aún más el caso. En primer lugar, no se pudo averiguar la razón de que el joven cerrase la puerta por dentro. Existía la posibilidad de que la hubiera cerrado el asesino, que después habría escapado por la ventana. Sin embargo, ésta se encontraba por lo menos a seis metros de altura y debajo había un macizo de azafrán en flor. Ni las flores ni la tierra presentaban señales de haber sido pisadas y tampoco se observaba huella alguna en la estrecha franja de césped que separaba la casa de la calle. Así pues, parecía que había sido el mismo joven el que cerró la puerta. Pero ¿cómo se había producido la muerte? Nadie pudo haber trepado hasta la ventana sin dejar huellas. Suponiendo que le hubieran disparado desde fuera de la ventana, tendría que haberse tratado de un tirador excepcional para infligir con un revólver una herida tan mortífera. Pero, además, Park Lane es una calle muy concurrida y hay una parada de coches de alquiler a cien metros de la casa. Nadie había oído el disparo. Y, sin embargo, allí estaba el muerto y allí la bala de revólver, que se había abierto como una seta, como hacen las balas de punta blanda, infligiendo así una herida que debió provocar la muerte instantánea. Éstas eran las circunstancias del misterio de Park Lane, que se complicaba aún más por la total ausencia de móvil, ya que, como he dicho, al joven Adair no se le conocía ningún enemigo y, por otra parte, nadie había intentado llevarse de la habitación ni dinero ni objetos de valor.

Me pasé todo el día dándole vueltas a estos datos, intentando encontrar alguna teoría que los reconciliase to-

dos y buscando esa línea de mínima resistencia que, según mi pobre amigo, era el punto de partida de toda investigación. Confieso que no avancé mucho. Por la tarde di un paseo por el parque, y a eso de las seis me encontré en el extremo de Park Lane que desemboca en Oxford Street. En la acera había un grupo de desocupados, todos mirando hacia una ventana concreta, que me indicó cuál era la casa que había venido a ver. Un hombre alto y flaco, con gafas oscuras y todo el aspecto de ser un policía de paisano, estaba exponiendo alguna teoría propia, mientras los demás se apretujaban a su alrededor para escuchar lo que decía. Me acerqué todo lo que pude, pero sus comentarios me parecieron tan absurdos que retrocedí con cierto disgusto. Al hacerlo tropecé con un anciano contrahecho que estaba detrás de mí, haciendo caer al suelo varios libros que llevaba. Recuerdo que, al agacharme a recogerlos, me fijé en el título de uno de ellos, *El origen del culto a los árboles*, lo que me hizo pensar que el tipo debía ser un pobre bibliófilo que, por negocio o por afición, coleccionaba libros raros. Le pedí disculpas por el tropiezo, pero estaba claro que los libros que yo había maltratado tan desconsideradamente eran objetos preciosísimos para su propietario. Dio media vuelta con una mueca de desprecio y vi desaparecer entre la multitud su espalda encorvada y sus patillas blancas.

Mi observación del número 427 de Park Lane contribuyó bien poco a resolver el enigma que me interesaba. La casa estaba separada de la calle por una tapia baja con verja, que en total no pasaban del metro y medio de altura. Así pues, cualquiera podía entrar en el jardín con

toda facilidad; sin embargo, la ventana resultaba absolutamente inaccesible, ya que no había tuberías ni nada que sirviera de apoyo al escalador, por ágil que éste fuera. Más desconcertado que nunca, dirigí mis pasos de vuelta hacia Kensington. No llevaba ni cinco minutos en mi estudio cuando entró la doncella, diciendo que una persona deseaba verme. Cuál no sería mi sorpresa al ver que el visitante no era sino el extraño anciano coleccionista de libros, con su rostro afilado y marchito enmarcado por una masa de cabellos blancos, y sus preciosos volúmenes –por lo menos una docena– encajados bajo el brazo derecho.

–Parece sorprendido de verme, señor –dijo con voz extraña y cascada.

Reconocí que lo estaba.

–Verá usted, yo soy hombre de conciencia, así que vine cojeando detrás de usted, y cuando le vi entrar en esta casa me dije: voy a pasar a saludar a este caballero tan amable y decirle que aunque me he mostrado un poco grosero no ha sido con mala intención, y que le agradezco mucho que haya recogido mis libros.

–Da usted demasiada importancia a una nadería –dije yo–. ¿Puedo preguntarle cómo sabía quién era yo?

–Bien, señor, si no es tomarme excesivas libertades, le diré que soy vecino suyo; encontrará usted mi pequeña librería en la esquina de Church Street, donde estaré encantado de recibirle, ya lo creo. A lo mejor es usted coleccionista, señor; aquí tengo *Aves de Inglaterra*, el *Catulo*, *La guerra santa...*, auténticas gangas todos ellos. Con cinco volúmenes podría usted llenar ese hueco del segundo estante. Queda feo, ¿no le parece, señor?

Volví la cabeza para mirar la estantería que tenía detrás y cuando miré de nuevo hacia delante vi a Sherlock Holmes sonriéndome al otro lado de mi mesa. Me puse en pie, lo contemplé durante algunos segundos con el más absoluto asombro, y luego creo que me desmayé por primera y última vez en mi vida. Recuerdo que vi una niebla gris girando ante mis ojos, y cuando se despejó noté que me habían desabrochado el cuello y sentí en los labios un regusto picante a brandy. Holmes estaba inclinado sobre mi silla con una botellita en la mano.

–Querido Watson –dijo la voz inolvidable–. Le pido mil perdones. No podía sospechar que le afectaría tanto.

Yo le agarré del brazo y exclamé:

–¡Holmes! ¿Es usted de verdad? ¿Es posible que esté vivo? ¿Cómo se las arregló para salir de aquel espantoso abismo?

–Un momento –dijo él–. ¿Está seguro de encontrarse en condiciones de charlar? Mi aparición, innecesariamente dramática, parece haberle provocado un terrible sobresalto.

–Estoy bien. Pero, de verdad, Holmes, aún no doy crédito a mis ojos. ¡Cielo santo! ¡Pensar que está usted aquí en mi estudio, usted precisamente! –volví a agarrarlo de la manga y palpé el brazo delgado y fibroso que había debajo–. Bueno, por lo menos sé que no es usted un fantasma –dije–. Querido amigo, ¡cómo me alegro de verle! Siéntese y cuénteme cómo logró salir vivo de aquel terrible precipicio.

Se sentó frente a mí y encendió un cigarrillo con el estilo desenfadado de siempre. Todavía vestía la raída levita del librero, pero el resto de aquel personaje había que-

dado reducido a una peluca blanca y un montón de libros sobre la mesa. Holmes parecía aún más flaco y enérgico que antes, pero su rostro aguileño presentaba una tonalidad blanquecina que me indicaba que no había llevado una vida muy saludable en los últimos tiempos.

—¡Qué gusto da estirarse, Watson! —dijo—. Para un hombre alto, no es ninguna broma rebajar su estatura un palmo durante varias horas seguidas. Ahora, querido amigo, con respecto a esas explicaciones que me pide..., tenemos por delante, si es que puedo solicitar su cooperación, una noche bastante agitada y llena de peligros. Tal vez sería mejor que se lo explicara todo cuando hayamos terminado el trabajo.

—Soy todo curiosidad. Preferiría con mucho oírlo ahora.

—¿Vendrá conmigo esta noche?

—Cuando quiera y a donde quiera.

—Como en los viejos tiempos. Tendremos tiempo de comer un bocado antes de salir. Pues bien, en cuanto a ese precipicio: no tuve grandes dificultades para salir de él, por la sencilla razón de que nunca caí en él.

—¿Que no cayó usted?

—No, Watson, no caí. La nota que le dejé era absolutamente sincera. Tenía pocas dudas de haber llegado al final de mi carrera cuando percibí la siniestra figura del difunto profesor Moriarty erguida en el estrecho sendero que conducía a la salvación. Leí en sus ojos grises una determinación implacable. Así pues, intercambié con él unas cuantas frases y obtuve su cortés permiso para escribir la notita que usted recibió. La dejé con mi pitillera

y mi bastón y luego eché a andar por el desfiladero con Moriarty pisándome los talones. Cuando llegamos al final, me dispuse a vender cara mi vida. Moriarty no sacó ningún arma, sino que se abalanzó sobre mí, rodeándome con sus largos brazos. También él sabía que su juego había terminado, y sólo deseaba vengarse de mí. Forcejamos al borde mismo del precipicio. Sin embargo, yo poseo ciertos conocimientos de *baritsu*, el sistema japonés de lucha, que más de una vez me han resultado muy útiles. Me solté de su presa y Moriarty lanzó un grito horrible, pataleó como un loco durante unos instantes y trató de agarrarse al aire con las dos manos. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no logró mantener el equilibrio y se despeñó. Asomando la cara sobre el borde del precipicio, le vi caer durante un largo trecho. Luego chocó con una roca, rebotó y se hundió en el agua.

Yo escuchaba asombrado esta explicación, que Holmes iba dándome entre chupada y chupada a su cigarrillo.

—Pero ¿y las huellas? —exclamé—. Yo vi con mis propios ojos dos series de pisadas que entraban en el desfiladero, y ninguna de regreso.

—Esto es lo que sucedió: en el mismo instante de la muerte del profesor me di cuenta de la extraordinaria oportunidad que me ofrecía el destino. Sabía que Moriarty no era el único que había jurado matarme. Había, por lo menos, otros tres hombres, cuyo afán de venganza se vería acrecentado por la muerte de su jefe. Por otra parte, si todo el mundo me creía muerto, estos hombres se confiarían, cometerían imprudencias y, tarde o temprano, yo podría acabar con ellos. Entonces habría llega-

do el momento de anunciar que todavía pertenecía al mundo de los vivos. Es tal la rapidez con que funciona el cerebro, que creo que ya había pensado todo esto antes de que el profesor Moriarty llegara al fondo de la catarata de Reichenbach.

»Me levanté y examiné la pared rocosa que tenía detrás. En el pintoresco relato que usted escribió, y que yo leí con enorme interés varios meses más tarde, aseguraba usted que la pared era lisa, lo cual no es del todo exacto. Había algunos salientes pequeños y me pareció distinguir una cornisa. El precipicio era tan alto que parecía completamente imposible trepar hasta arriba, pero también resultaba imposible regresar por el sendero mojado sin dejar algunas huellas. Es cierto que podría haberme puesto las botas al revés, como ya he hecho otras veces en ocasiones similares, pero la presencia de tres series de pisadas en la misma dirección habría hecho sospechar un engaño. En conclusión, me pareció que lo mejor era arriesgarme a trepar. Le aseguro, Watson, que no fue una escalada agradable. La catarata rugía debajo de mí. Soy propenso a imaginar cosas, pero le doy mi palabra que me parecía oír la voz de Moriarty llamándome desde el abismo. El menor desliz habría resultado fatal. Más de una vez, cuando se desprendía el puñado de hierba al que me agarraba o mis pies resbalaban en las grietas húmedas de la roca, pensé que todo había terminado. Pero seguí trepando como pude, y por fin alcancé una cornisa de más de un metro de anchura, cubierta de musgo verde y suave, donde podía permanecer tendido cómodamente sin ser visto. Allí me encontraba, querido Watson, cuando usted y sus acompañantes investigaban, de

la forma más conmovedora e ineficaz, las circunstancias de mi muerte.

»Por fin, cuando todos ustedes hubieron sacado sus inevitables y completamente erróneas conclusiones, se marcharon al hotel y yo quedé solo. Pensaba que ya habían terminado mis aventuras, pero un hecho completamente inesperado me demostró que aún me aguardaban sorpresas. Un enorme peñasco cayó de lo alto, pasó rozándome, chocó contra el sendero y se precipitó en el abismo. Por un momento pensé que se trataba de un accidente, pero un instante después miré hacia arriba y vi la cabeza de un hombre recortada contra el cielo nocturno, mientras una segunda roca golpeaba la cornisa misma en la que yo me encontraba, a un palmo escaso de mi cabeza. Por supuesto, aquello sólo podía significar una cosa: Moriarty no había estado solo. Un cómplice (y me había bastado aquel fugaz vistazo para saber lo peligroso que era dicho cómplice) había montado guardia mientras el profesor me atacaba. Desde lejos, sin que yo lo advirtiera, había sido testigo de la muerte de su amigo y de mi escapatoria. Había aguardado su momento y ahora, tras dar un rodeo hasta lo alto del precipicio, estaba intentando conseguir lo que su camarada no había logrado.

»No tuve mucho tiempo para pensar en ello, Watson. Volví a ver aquel siniestro rostro sobre el borde del precipicio y supe que anunciaba la caída de otra piedra. Me descolgué hasta el sendero. Creo que habría sido incapaz de hacerlo a sangre fría, porque bajar era cien veces más difícil que subir, pero no tuve tiempo de pensar en el peligro, pues otra roca pasó zumbando junto a mí mientras

yo colgaba agarrado con las manos al borde de la cornisa. A la mitad del descenso resbalé, pero gracias a Dios fui a caer en el sendero, lleno de arañazos y sangrando. Eché a correr, recorrí en la oscuridad diez millas de montaña y una semana después me encontraba en Florencia, con la certeza de que nadie en el mundo sabía lo que había sido de mí.

»Sólo he tenido un confidente, mi hermano Mycroft. Le pido mil perdones, querido Watson, pero era fundamental que todos me creyeran muerto, y estoy completamente seguro de que usted no habría podido escribir un relato tan convincente de mi desdichado final si no hubiera estado convencido de que era cierto. Varias veces he tomado la pluma para escribirle durante estos tres años, pero siempre temí que el afecto que usted siente por mí le impulsara a cometer alguna indiscreción que traicionara mi secreto. Por esta razón me alejé de usted esta tarde cuando usted tiró mis libros, porque la situación era peligrosa y cualquier señal de sorpresa y emoción por su parte podría haber llamado la atención hacia mi identidad, con consecuencias lamentables e irreparables. En cuanto a Mycroft, tuve que confiar en él para obtener el dinero que necesitaba. En Londres, las cosas no salieron tan bien como yo había esperado, ya que el juicio contra la banda de Moriarty dejó en libertad a dos de sus miembros más peligrosos, mis dos enemigos más encarnizados. Así pues, me dediqué a viajar durante dos años por el Tíbet, y me entretuve visitando Lhasa y pasando unos días con el Gran Lama. Quizás haya leído usted acerca de las notables exploraciones de un noruego apellidado Sigerson, pero estoy seguro

de que jamás se le ocurrió pensar que estaba recibiendo noticias de su amigo. Después atravesé Persia, me detuve en La Meca y realicé una breve pero interesante visita al califa de Jartum, cuyos resultados he comunicado al Foreign Office. De regreso a Francia, pasé varios meses investigando sobre los derivados del alquitrán de carbón en un laboratorio de Montpellier, en el sur de Francia. Habiendo concluido la investigación con resultados satisfactorios, y enterado de que sólo quedaba en Londres uno de mis enemigos, me disponía a regresar cuando recibí noticias de este curioso misterio de Park Lane, que me hicieron ponerme en marcha antes de lo previsto porque el caso no sólo me resultaba atractivo por sus propios méritos, sino que parecía ofrecer interesantes oportunidades de tipo personal. Llegué en seguida a Londres, me presenté en Baker Street provocándole un violento ataque de histeria a la señora Hudson, y comprobé que Mycroft había mantenido mis habitaciones y mis papeles tal y como siempre habían estado. Y así, querido Watson, a las dos en punto del día de hoy me encontraba sentado en mi vieja butaca, en mi vieja habitación, deseando que mi viejo amigo Watson ocupara la otra butaca, que tantas veces había adornado con su persona.

Éste fue el extraordinario relato que escuché aquella tarde de abril, un relato que me habría parecido absolutamente increíble de no haberlo confirmado la visión de la alta y enjuta figura y del rostro agudo y vivaz que yo habría creído que nunca volvería a ver. De algún modo, Holmes se había enterado de la trágica pérdida que yo

había sufrido¹, y demostró sus simpatías con sus maneras mejor que con sus palabras.

—El trabajo es el mejor antídoto contra las penas, querido Watson —dijo—, y esta noche tengo una tarea para nosotros dos que, si consigo rematarla con éxito, justificaría por sí sola la vida de un hombre en este mundo.

Le rogué en vano que me explicara algo más.

—Antes de que amanezca habrá visto y oído lo suficiente —respondió—. Hay mucho que hablar sobre los tres últimos años. Así ocuparemos el tiempo hasta las nueve y media, hora en que emprendaremos la trascendental aventura de la casa vacía.

A la hora mencionada, verdaderamente como en los viejos tiempos, yo iba sentado junto a Holmes en un cabriolé, con un revólver en el bolsillo y la emoción de la aventura en el corazón. Cada vez que la luz de las farolas iluminaba sus austeras facciones, yo me fijaba en que tenía las cejas fruncidas y los finos labios apretados, en señal de reflexión. Yo no sabía qué clase de fiera salvaje íbamos a cazar en la tenebrosa selva del delito de Londres, pero por la actitud de aquel maestro de cazadores me daba perfecta cuenta de que la aventura era de las más serias, y la sonrisa sardónica que de cuando en cuando rompía su ascética seriedad no presagiaba nada bueno para el objeto de nuestra persecución.

Había pensado que nos dirigíamos a Baker Street, pero Holmes hizo detenerse el coche en la esquina de Cavendish Square. Al bajarse, me fijé en que dirigía in-

1. Se refiere a la muerte de su esposa, a quien el doctor conoció durante la aventura de «El signo de los cuatro».

quisitivas miradas a derecha e izquierda, y cada vez que llegábamos a una esquina tomaba las máximas precauciones para asegurarse de que nadie nos seguía. Holmes conocía a la perfección todas las callejuelas de Londres, y en esta ocasión me llevó con paso rápido y seguro a través de una red de cocheras y establos cuya existencia yo ni siquiera había sospechado. Salimos por fin a una callecita de casas antiguas y fúnebres por las que llegamos a Manchester Street, y de ahí a Blanford Street. Aquí nos metimos rápidamente por un estrecho pasaje, cruzamos un portón de madera que daba a un patio desierto y entonces Holmes sacó una llave y abrió la puerta trasera de una casa. Entramos en ella y Holmes cerró la puerta con llave.

Aunque la oscuridad era absoluta, resultaba evidente que se trataba de una casa vacía. Nuestros pies hacían crujir y rechinar las tablas desnudas del suelo, y al extender la mano toqué una pared cuyo empapelado colgaba en jirones. Los fríos y huesudos dedos de Holmes se cerraron alrededor de mi muñeca y me guiaron a través de un largo vestíbulo, hasta que percibí la luz mortecina que se filtraba por el sucio tragaluz de la puerta. Entonces Holmes giró bruscamente a la derecha y nos encontramos en una amplia habitación cuadrada, completamente vacía, con los rincones envueltos en sombras y el centro débilmente iluminado por las luces de la calle. No había ninguna lámpara a mano y las ventanas estaban cubiertas por una gruesa capa de polvo, de manera que apenas podíamos distinguir nuestras figuras. Mi compañero me puso la mano sobre el hombro y acercó los labios a mi oreja.

—¿Sabe usted dónde estamos? —susurró.

—Yo diría que ésa es Baker Street —respondí, mirando a través de la polvorienta ventana.

—Exacto. Nos encontramos en Candem House, justo enfrente de nuestros viejos aposentos.

—¿Y por qué estamos aquí?

—Porque aquí disfrutamos de una excelente vista de esa pintoresca mole. ¿Tendría la amabilidad, querido Watson, de acercarse un poco más a la ventana, con mucho cuidado para que nadie pueda verle, y echar un vistazo a nuestras viejas habitaciones, punto de partida de tantas de nuestras pequeñas aventuras? Veamos si mis tres años de ausencia me han hecho perder la capacidad de sorprenderle.

Avancé con cuidado y miré hacia la ventana que tan bien conocía. Al posar los ojos en ella, se me escapó una exclamación de asombro. La persiana estaba bajada y una fuerte luz iluminaba la habitación. A través de la persiana iluminada se distinguía claramente la negra silueta de un hombre sentado en un sillón. La postura de la cabeza, la forma cuadrada de los hombros, las facciones afiladas, todo resultaba inconfundible. Tenía la cara medio ladeada, y el efecto era similar al de aquellas siluetas de cartulina negra que nuestros abuelos solían enmarcar. Se trataba de una imagen perfecta de Holmes. Tan asombrado me sentía que extendí la mano para asegurarme de que el original se encontraba a mi lado. Allí estaba, estremeciéndose de risa silenciosa.

—¿Qué tal? —preguntó.

—¡Cielo santo! —exclamé—. ¡Es maravilloso!